

GEÓRGICAS

TRADUCCION DE

D. MIGUEL ANTONIO CARO.

LIBRO PRIMERO.

Qué da á las mieses su esplendor risueño;
Bajo qué astro feliz la dura tierra
Mover, Mecénas, y enlazar conviene
Las vides á los olmos; qué cuidados
Los bueyes y rebaños hermostean;
Cuál solícita industria, en fin, exige
La abejuela frugal, cantar emprendo.

Vos, del mundo fulgentes luminares,
Que al año volador medís los plazos!
Tú, padre Baco, y tú, fecunda Céres!
Pues ya el hombre cambió, dádiva vuestra,
La caonia bellota en pingüe espiga,
Y el jugo que las uvas recataran
A las ondas mezcló del Aqueloo);
Y vos, á la campaña familiares,
Faunos! Dríadas ninfas! venid presto,
Todos venid, que vuestros dones canto.

Y tú, Neptuno, á cuya voz la tierra,
 La tierra herida de tu gran tridente
 El primer pisador brotó gallardo;
 Y oh tú que tratas bosques, tú que en Cea
 Trescientos, en tu honor, níveos becerros
 Miras pacer sus fértiles llanuras;
 Y oh Pañ Tegeo, guardador de ovejas
 Tú mismo, si en el Ménalo te gozas,
 El patrio bosque y selvas de Liceo
 Desampara, te ruego, y vén propicio!
 Y del olivo, tú, descubridora,
 Minerva; y tú, mancebo que inventaste
 El combo arado, y tú también, Silvano,
 Que arrancado un cipres fácil meneas:
 Cuantos favoreceis la agricultura,
 Dioses todos y Diosas; los que abrigo
 Dais á la planta que nació baldía,
 Y los que dispensais lluvias del cielo
 Al sediento sembrado, yo os invoco.

Tú asimismo, á doquier fueres más tarde
 Sitio á elegir en celestiales coros:
 O ya ciudades proteger te plazga;
 O el orbe superior, César, te acoja
 Por dador de abundancia y rey del trueno,
 Y del materno mirto orne tu frente;
 O prefieras reinar dios de los mares,
 A quien sólo doquiera el nauta implore,
 Y homenaje te dé la última Tule,
 Y yerno para sí te compre Tétis
 Con el caudal inmenso de sus ondas;

O fijado entre Erígone y las Celas
 (Do el ardiente Escorpion por recibirte
 Sus brazos encogiendo escombra el cielo),
 Estrella ilustres los tardíos meses:
 Quienquier fueres (que no el Averno espera
 Gozarte emperador, ni á ti, confío,
 Tan triste adquisicion vendrá en deseo,
 Por más que Grecia los Eliseos Campos
 Alabe, y, mal atenta Proserpina
 Al materno clamor, volver rehuse),
 Tú, si conmigo del cultor te apiadas
 Que el tino pierde, á mi atrevido ensayo
 Vén fácil, vén benigno, y dáme aliento;
 Cumple tu alta mision, y desde ahora
 A humanos votos el oido enseña.

Al apuntar la primavera, cuando
 Helados chorros de las canas cumbres
 Ruedan, y de los céfiros al soplo
 Sazonado el terron se desmenuza,
 Entónces bajo el peso del arado
 En los surcos sumido, ya mis yuntas
 Comiencen á quejarse, y en ellos
 Gastada empiece á relucir la reja.
 Aquel terrazgo que sentido hubiere
 Dos veces el calor, y dos los frios,
 Cumplirá, en fin, los votos del avaro
 Agricultor: á contener sus frutos
 No bastarán las atestadas trojes.

Mas ántes de asulcar campos ignotos,

Los vientos dominantes y del cielo
 El vario influjo investigar importa;
 Las usadas maneras de cultivo,
 Las condiciones del lugar geniales;
 Saber qué frutos brinda y cuáles niega.
 En unos sitios prueba el pan, en otros
 La vid prospera; aquí nace arbolado,
 El pasto natural allá enverdece.
 ¿No ves cuál nos envía el rico Etmolo
 Oloroso zafran, marfil la India,
 Y los blandos sabeos sus aromas,
 Y su hierro los cálibes desnudos,
 Y el Ponto sus castores saludables,
 Y sus yeguas Epiro, que arrebatan
 En Élide la palma triunfadora?
 Que así á ciertas regiones dar sus bienes
 En justa particion plugo á Natura,
 Y la acordada ley perpétua guarda
 Desde Deucalión, vagando solo,
 Tiró guijarros sobre el yermo suelo,
 Do los hombres nacieron, raza dura.
 Ea, pues: si la tierra fuere rica,
 Al principiar el año, con la reja
 Bueyes robustos á volverla empiecen,
 Tal, que llegando el polvoroso estío,
 Los terrones expuestos á su influjo
 Con el lleno recueza de sus soles;
 Mas si el campo no es fértil, por encima
 Dale una reja al asomar de Arturo:
 Aquello, á fin de que viciosas hierbas
 No la risueña miés brotando ahoguen;

Esto, porque del breve humor que cria
 Desamparada la heredad, no avenga
 Que á arena estéril reducida quede.

Cuida, tras eso, que si rinde un año
 Tu campo, al otro descansar le otorgues,
 Y en la huelga vigor la tierra crie.
 O allí, mudada la sazón y el tiempo,
 El rubio grano sembrarás de donde
 Primero hubieres el legumbre, ufano
 Con sus locas vainillas, recogido,
 O las tenues semillas de la arveja,
 O las frágiles cañas y ruidosa
 Pompa de los amargos altramuces.
 Ten sabido que el lino y el avena,
 Y las adormideras, que destilan
 El agua soporosa del Leteo,
 Mieses son tales que la tierra agotan.
 Ellas, empero, en interpuestos años,
 Fáciles te serán, si pingüe abono
 Al campo exhausto dieres, y de inmunda
 Ceniza cubres las desnudas hazas.
 Mudando de simientes, el terreno
 Así descansa, sin que en tanto duerma
 Exento á la labor, al dueño ingrato.

Tambien á veces incendiar convino
 Los estériles campos, y rastrojos
 Secos arder con bulliciosas llamas;
 Ya porque así la tierra ocultas fuerzas
 Recibe, y alimento vigoroso,

O ya porque á poder del fuego, el vicio
 Se le cuece, y humor inútil suda;
 O ya porque el calor secretas vias
 Le abre, y respiraderos por do vaya
 A animar nuevas hierbas fácil jugo;
 O bien más la endurece, y tal le aprieta
 Las grietas bostezantes, que ni tenues
 Lluvias, ni recio sol basta á dañarla,
 Ni Bóreas mugidor envuelto en hielos.
 Mucho tambien el que con rastros rompe
 Las estériles glebas, y de mimbres
 Zarzas arrastra, beneficia el campo;
 A éste no sin favor la blonda Céres
 Torna los ojos desde el alto Olimpo:
 Lo mismo el que al traves, vuelto el arado,
 Parte los surcos con que el campo eriza
 Que aró primero, y en labor constante
 Vuelve el seno á la tierra, y la avasalla.

Vos lluviosos veranos y süaves
 Hibiernos implorad, agricultores;
 Grato á los campos y á las mieses grato
 Es el polvo hibernal. No á otro cultivo,
 De su fertilidad Misia es deudora,
 Que de rica presume; y si en asombro
 Trueca el Gárgaro mismo su ufanía,
 No otra causa hallarás á creces tantas.
 ¿Qué diré en prez del que, esparcido el grano,
 Hace rostro á la tierra, y rueda al punto
 Mezquinas torres de ambiciosa arena;
 Y luégo á los sembrados encamina

Corrientes aguas que su intento siguen
 En larga vena; y si abrasado el sue o,
 Mustias las hierbas ya, penar le mira,
 Hé aquí de una empinada cuesta el agua
 Suelta? Ella cae, entre desnudas piedras
 Forma estrépito ronco, y con sus tumbos
 Templa el ardor de los sedientos campos.
 ¿Y qué diré del que en la tierna hierba,
 Paciéndolos, rebaja del sembrado
 Los viciosos aumentos, cuando al surco
 El lomo iguala; y á la caña evita
 Que de espigas cargada desfallezca?
 ¿Y qué del que humedad que lagos forma,
 Con absorbente arena extraer cuida,
 Cuanto más si en mudable estacion crecen
 Los rios, y sus aguas derramando,
 Con el légamo hostil todo lo invaden,
 Causa de cavidades cenagosas
 Que tépidos vapores siempre exhalan?

Mas aunque hombres y bueyes á porfía
 Con tan asiduo afan la tierra labren,
 Ni el ánade malvado, ni importuna
 Con sus amargas fibras la achicoria,
 Hará, y las grullas que á Estrimon frecuentan,
 Estrago ménos fiero; ni las sombras
 Cesarán de dañar. El mismo Jove,
 Divino institutor de la cultura,
 De abrojos erizar quiso el camino;
 El fundó el arte de mover la tierra,
 Con la necesidad estimulando

Humanos pechos, y vedó por siempre
Que en letárgica paz yazgan sus reinos.

Antes de Jove manos no se hallaron
Que tratasen los campos; áun entónce
Partirlos ni acotarlos fué costumbre;
Que era todo de todos, y la tierra
El fruto anticipaba á los deseos.
Jove á las negras sierpes su nociva
Ponzoña dió; por él á ser rapaces
Los lobos se enseñaron; manda al ponto
Revolverse y bramár; las ricas mieles
Agosta que las hojas goteaban;
Esconde el gérmen de la luz, y extingue
El vino natural que ántes huía
Como agora las aguas, en arroyos;
Porque, recursos meditando, el hombre
Paso tras paso á la invencion se alzase
De las útiles artes, á los surcos
Pidiendo espigas, y en secretas venas
Del pedernal herido hallando el fuego.
Entónce sobre sí, no ántes usados,
Huecos troncos nadar sienten los rios:
Sigue el nauta en su anhelo
Las estrellas del cielo,
Y de él Pléyades, Híadas, la clara
Artos de Licaon, nombre reciben.
Coger con lazos y engañar con liga
Las libres alimañas,
Ideóse también; también con perros
Rodeó el cazador los grandes bosques.

Y ya con redes uno ancha corriente
Por ella entrando, hiere; aquél tremola
Por el piélago azul húmedos linos.
Aprecióse el rigor de los metales;
Y, hoja estridente, apareció la sierra;
(Que en la edad primitiva, para hendirle,
Sólo fuerza de cuñas se hizo al roble.)
Tal las artes en fin se coronaron;
Que al hombre urgiendo, la escasez le educa,
Y el trabajo tenaz todo lo allana.

Céres, sábia maestra, á los mortales
El seno de la tierra á abrir indujo
Cuando faltaron en las sacras selvas
Bellotas y madroños, y Dodona
El sustento habitual negó cansada.
Creció en esmeros el cultivo, en cuanto
Funesta á las espigas la ímpia nubló,
Y hórrido á los sembrados sobrevino
El torpe cardo. Y ya la miés fallece,
Que la áspera maleza en torno crece,
Y el abrojo la invade y el espino;
Oprimen ya el espléndido sembrado
Triste zizaña, estériles avenas.
Tú, pues, como afanado
Las gramas no persigas
Con incansable rastro; si no alejas
Con ruidos las aves enemigas;
Si, hiriendo ociosas ramas,
El asombrado campo no despejas,
Ni con voto eficaz la lluvia llamas,

Triste! con sesgos ojos de vecina
 Heredad mirarás la parva enhiesta,
 Y tu hambre en la floresta
 Aliviará la sacudida encina.

Del rústico fornido
 Diré las armas propias, sin las cuales
 Ni la miés se sembrara ni creciera,
 La reja, la primera,
 Y el recio, corvo arado:
 De la Madre Eleusina
 Tambien el carro, en el rodar pesado;
 Trillos, carretas, rastros desiguales:
 El humilde utensilio de Celeo,
 Todo de mimbres: zarcos de madroño:
 La zaranda de Baco peregrina:
 Esto cuida tener aderezado,
 Si de véras del campo afortunado
 Quieres la gloria merecer divina.
 Vé, pues, vé presto al monte; allí derriba
 Con esforzado aliento un ramó enorme;
 Corva figura el olmo ház que reciba;
 Cama al arado á su pesar le forme.
 Mida, de ahí naciendo,
 Ocho piés el timon; aleta doble
 Y sólido dental empalma luégo:
 Ya ántes el tilo leve
 Habrás cortado para yugo: el haya
 La esteva te dará, con que el labriego,
 Siguiendo al buey, el instrumento mueve;
 Y, al hogar suspendidas las maderas,

El humo lento su excelencia pruebe.

¡Cuántos usos rurales
 Que fe lograron desde antiguos dias
 Puedo enseñarte, si atencion dispensas,
 Y de nimios consejos no te hastías!
 Con ingente cilindro la era iguala
 Ante todo; revuélvala tu mano,
 Y con greda tenaz la torne fuerte;
 Tal, que ni en sí fomento hierba mala,
 Ni del polvo vencida se abra inerte
 Y enemigos arteros
 Burlados queden; que el raton enano
 Casa y troj subterránea hacer estila;
 Y el ciego topo en nido hondo se asila;
 Y hállanse en agujeros
 El vil escuerzo, y cuanto bicho existe;
 En el seno fecundo de la tierra:
 Grandes montones talador devora
 El gorgojo; y la hormiga, á quien la triste
 Vejez asusta, próvida atesora.

Mira tambien en la floresta opaca
 Cuando vestido en flores, opulento
 Dobla el almendro los fragantes ramos:
 De sus frutos á par irán las mieses;
 Que si ellos lo vicioso sobrepujan,
 Trilla grande en los máximos calores
 Tendrás; mas si el follaje con su pompa
 Oprimiere los árboles, en vano
 En la era luégo trillarás espigas

En que abunda la paja y falta el grano.

Yo he visto cierto á muchos labradores
 Meditar primero la semilla,
 Y con nitro bañarla y negra amurca,
 Porque granos mayores
 La planta cuaje en la falaz vainilla,
 Y, áun con débil calor, sazón alcance.
 Mas simientes compuestas de esa suerte
 Y á cumplir esperanzas obligadas,
 Las vi degenerar, si humana industria
 No hizo nuevo escrutinio cada un año
 Con mano asidua. ¡Universal destino!
 Todo á ménos camina, ó retrocede:
 Al que su lancha, así, corriente arriba
 Lleva á impulso de remos, si concede
 Al afanado brazo algun reposo,
 La fuerza de las aguas le derriba
 Y le arrebatá remolino undoso.

Allende de esto, por tu bien, de Arturo
 Consultarás las luces, y los días
 De las Cabrillas, y el Dragon luciente;
 Que provechosos guías
 Son al agricultor, cuanto al viajero
 Que osa, en pos de la patria, maldecidos
 Del ostrífero Abidos
 Los senos arrostrar, y el Ponto fiero.
 Cuando á sueño y vigilia la Balanza
 En igual division mide las horas,
 Y da que sobre el orbe noche y día

Justos compensen su dominio á terno,
 Vos los toros uncid, y las cebadas
 Id esparciendo, oh gentes labradoras,
 Hasta las lluvias últimas de hibierno.
 Tiempo es también de que cubrais entónces
 El lino y la cereal adormidera,
 Ni los brazos perdonen los arados
 Mientras enjuto el suelo los tolera
 Y áun penden por el aire los nublados.
 Cumple el haba sembrar en primavera;
 Y torne el mijo con su anual cuidado,
 Y el surco sazonado
 Te acoja, alfalfa, á tí, de larga vida,
 Cuando abra el año el albicante Toro
 Con sus cuernos de oro,
 Y, dando el puesto al astro retrogrado,
 El Can en occidente se despida.

Mas si el campo que aras
 A que en trigos te rinda su tributo
 Y en valientes escandas le preparas,
 Y de espigas tan sólo pides fruto;
 Mientras su faz las Pléyades de oriente
 No oculten, y de Ariadna la Corona
 No hubieres visto que su ardor desmaya,
 No vuelas á la tierra renuente
 La esperanza á fiar que envuelve el año:
 Retenle al surco el grano que le adeudas;
 Muchos, anticipándose de Maya
 A la declinacion, sembrar pudieron;
 Pero todos la miés del desengaño

En avenas inútiles cogieron.
 Que si la arveja y el plebeyo fríjol
 Presumes educar, y no desdeñas
 De la egipcia lenteja la cultura,
 Advierte que Boótes á tu anhelo
 Señal no oscura al inclinarse envía;
 Comienza entónces, y en sembrar porfia
 Hasta mediada la estacion del hielo.

Hé aquí el dorado sol, los doce signos
 Tratando de la esfera, el orbe rige
 En partes ciertas dividido. El cielo
 Cinco zonas ocupan: de ellas una
 En la lumbre solar siempre encendida,
 Con el fuego solar siempre tostada:
 En torno suyo á diestra y á siniestra
 Comprimidás las últimas se extienden
 Con tristes lluvias y cerúleos hielos:
 Otras dos entre aquéllas y éstas caen
 (Por merced especial que hacer quisieron
 Los Dioses á los míseros humanos);
 Y entre ambas el camino va por donde
 Oblicuo el órden de los astros gira.
 El mundo, cuanto yerto se levanta
 Hácia la Escitia y los Rifeos montes,
 Por los líbicos páramos australes
 Tanto descende. De los polos, uno
 Sobre nosotros siempre se descubre;
 El negro Estigio y los profundos Manes
 Debajo de sus piés miran el otro.
 Con giros sinuosos como un rio

El enorme Dragon acá se espacia
 Y por medio y por cima de las Osas:
 (Las Osas, que á mojarse no se atreven
 En el húmedo seno de Oceano).
 Y allá, fama es comun, ó por ventura
 Reina noche eternal y alto silencio,
 Y más y más las sombras se condensan;
 O tal vez, de nosotros trasponiendo,
 La Aurora á esas regiones lleva el dia,
 Y cuando con sus soplos matinales
 Los caballos de Oriente nos saludan,
 Allá entretanto reluciente y bello
 Héspero enciende su fanal tardío.
 Nace de aquí que, ambiguo el cielo estando,
 Las tempestades predecirse puedan,
 Y de la siega adivinar el dia,
 Y el tiempo de la siembra, y cuándo cumple
 Con remos azotar el ponto aleve,
 Cuándo á punto el bajel sacar del puerto,
 Ó en la selva en sazón herir el pino.

Ni es ociosa labor que de los astros
 El ocaso estudiemos y el levante,
 Y en cuatro diferentes estaciones
 Partido el año en sucesion constante.
 ¿Encierra al labrador la lluvia fria?
 Cosas puede esmerar que festinara
 En horas libres de sereno dia:
 El duro diente á la mellada reja
 El arador afila,
 O el tronco ahonda destinado á barca,

Ó el ganadillo marca,
 O números imprime á sus montones:
 Otro estacas y horcones
 Aguza, ó adereza por ventura
 A la flexible vid firme atadura.
 Y es propicia ocasion de que tu mano
 Labre de dócil mimbre fácil cesta;
 Tú mismo al fuego tuesta
 Ó en la piedra á su vez quebranta el grano.
 Allende de esto en los festivos dias
 Con las leyes divinas las humanas
 Ejercicios permiten inocentes:
 Que jamás Religion vedó al labriego
 Ni reparar las cercas del plantío,
 Ni á las campiñas devolver el riego;
 Al ave armar engaño
 Tampoco impide, ó en salubre rio
 Sumir tal vez el balador rebaño;
 Y va en paz de los Dioses el colono
 Que al asnillo espacioso á quien arrea
 Aceite carga ó pobres frutas lia,
 Y del pueblo tornando á la alquería
 Trae algun asperon ó parda brea.

La Luna misma en señalar no yerra
 Faustos á empresas várias varios dias.
 Teme el quinto; nació pálido el Orco
 En él y las Euménides bravías;
 En él dió en parto infando á luz la Tierra
 A Japeto y á Ceo,
 Y al hórrido Tifeo;

Y en él alzarse á los hermanos miro
 Que el cielo á desgarrar se conjuraron:
 Tres veces con esfuerzo grande, el Osa
 Asentar sobre el Pélion intentaron;
 Si? y el frondoso Olimpo sobre el Osa;
 Y tres veces el Padre Omnipotente
 Con rayo ejecutivo
 Desbarató los hacinados montes.
 Séptimo dia al décimo siguiente,
 A que vid plantes, ó telar aprontes,
 O enyugues hosco buey, sazón es buena.
 Propicia al fugitivo,
 Es contraria al ladron la luz novena.

Hay atenciones que en la noche fria
 Mejor que en tiempo alguno hallan camino,
 Ó bien cuando rocía
 Los campos el lucero matutino.
 Leves rastrojos y resecos prados
 Vé por las noches á segar, que nunca
 Faltó á las noches humedad propicia.
 Tal hay que las veladas hibernales
 Al claror de sus fuegos beneficia,
 Labrando al cabo de espigada tea
 Con hierro agudo; y con suave canto
 Solazando el fastidio á la tarea,
 La mujer entretanto
 Sonoro el peine por la tela corre,
 Ó á fuego lento el mosto dulce cuece,
 Y con hojas tal vez el caldo espuma
 De la olla que hirviendo se estremece.

En lo recio del sol la miés se corta,
 La rubia miés, y trillase en la era
 En lo recio del sol el seco grano.
 Ara desnudo tú, siembra desnudo,
 Que mal hacello pudo
 Flojo el cultor en el hibierno cano;
 Antes gozan, del frio en los rigores,
 El allegado bien los labradores,
 Y con mutuos festines se regalan
 Cuando al placer invita
 La estacion gēntal que penas quita:
 Tal, cuando avistan puerto y velas calan
 Cargadas naves tras embates fieros,
 Con guirnaldas las popas engreidas
 Coronan los alegres marineros.
 Empero, las bellotas encinales
 Tiempo es entónces que cogiendo vayas,
 Y del laurel las bayas,
 Frutos de oliva y de sangriento mirto.
 Lazo pon á la grulla, red al ciervo,
 Ó á la orejuda liebre
 Acosa entónces; ó, siguiendo al corzo,
 Regida de tu mano el honda gima,
 Miéntras en hielos se entretiene el rio
 Y blanquea la nieve en la alta cima.

¿Del otoño diré los temporales
 Y sus astros? ¿Diré lo que al colono
 Hace avisado cuando á ser principian
 Breves los dias y el calor menguante?
 ¿O qué cuando lluviosa primavera

Pasa, y barbada miés el campo eriza?
 ¿Ó cuando en leche ya los frumenticios
 Hinchén las verdes cañas? ¡Cuántas veces
 Cuando á sus rojas hazas el colono
 Llevaba al segador, y las cebadas
 Con sus frágiles vástagos cogía,
 Vi furiosos bajar todos los vientos,
 Y las cargadas mieses descuajando,
 Alzarlas por el aire y esparcirlas
 Con ímpetu veloz; y así llevarse
 En negro torbellino la borrasca
 Leves cañas y pajas voladoras!
 ¡Cuántas veces avino
 Caer gran golpe de aguas de lo alto,
 Y las nubes de todo el horizonte
 Con turbiones venir engrandeciendo
 La oscura tempestad! La etérea cumbre
 Parece desatada desplomarse
 En líquida sonante pesadumbre:
 Las zanjas hinche el agua;
 Los nítidos sembrados,
 Fábrica de paciencia, desaparecen;
 Los huecos rios con estruendo crecen,
 Y hierve el mar en sus profundos vados.
 El Padre de los Dioses
 Dardos fulmina entre las densas sombras
 Meneando la diestra coruscante:
 Los valles se estremecen,
 Las fieras se guarecen,
 Derramado pavor las gentes postra;
 Y él su cólera ardiente aún no desbrava,

Y en el Atos, ó el Ródope, ó los yertos
Ceraunios montes sus centellas clava.
Crecen los austrós y el llover espeso,
Y zumban de los vientos bajo el peso
Las selvas removidas,
Y plañen las riberas combatidas.

¿El daño temes? En el cielo estudia
Las sazones del tiempo y sus señales:
Ten cuenta á dó se esconde
Frigido el astro de Saturno, y mira
A las celestes órbitas por donde
Fúlgido el astro de Cilene gira.

Y ante todo á los Númenes venera:
En los herbosos prados
El añal sacrificio á la alma Céres
Renueva siempre, cuando hibierno espira
Y primavera entre celajes rie.
Pingües están entónces los corderos,
Y los vinos suavísimos; entónces
Dulces los sueños son, densas las sombras
En los selvosos montes. Anda, y toda
La agreste juventud vaya contigo,
Y á la alma Céres reverente adcre:
Tú de mielazonada y dulce néctar
Ofrece libaciones; y tres veces
Circule en torno de los nuevos trigos
La propiciante víctima, y en coro
Los rústicos gozosos la acompañen,
Y á Céres clamen que á sus techos venga.

Y nadie las maduras
Espigas con la hoz toque imprudente
Si primero en honor de la gran Diosa,
Retorciendo á la sien rama de encina,
No ensayó danzas y entonó canciones.

Y á fin que por señales no dudosas
Los calores, las lluvias y los vientos
Que frios acarrear
Simple labriego adivinar pudiese,
El Padre mismo de los Dioses quiso
Establecer lo que la Luna enseña
Mudando sus semblantes; en qué punto
Aquiétanse los austrós,
Y qué es lo que, sentido, á los pastores
Cerca de los establos aconseja
El ganadillo retener medrosos.
Alzándose los vientos, desle légo
Las agitadas ondas
A hincharse empiezan, y árido crujido
Oír se deja por los montes altos,
O ya á lo léjos las extensas playas
Retumban, y el rumor crece en los bosques.
Mal al combo bajel la onda respeta
Cuando de en medio el mar ves que los mergos
A la costa dirigen
Con el rápido vuelo los clamores,
O si en la orilla enjuta
Las marinas gaviotas se solazan,
Y la usada laguna abandonando
Sube la garza y por las nubes vuela.

Verás también, cuando amenazan vientos,
Rápidas en la noche deslizarse
Fugitivas estrellas
En pos dejando luminosas huellas
Del cielo en las opacas soledades;
Y verás por los suelos
Leves pajas girar y hojas caídas,
Y á flor de agua bullir nadantes plumas.

Mas si acaso en relámpagos la parte
Del aterido Bóreas arde, y truenan
Del Céfito y el Euro las regiones,
El agua cauces colma y campos cubre,
Y cogen en el mar todos los nautas
La húmeda vela. De sorpresa nunca
La lluvia sobreviene; que ó se alzaron
Del fondo de los valles
Huyendo de ella las aerias grullas,
Ó ya al cielo mirando la becerra
Con abierta nariz sorbió los vientos,
Ó á vuelo la piente golondrina
Triscó en torno del lago, ó en el limo
A su antiguo llorar volvió la rana.
Más á menudo aún, nunciando lluvia,
Sus huevos de sotierra
En cobro pone la viajera hormiga,
Trillando angosta senda; y aguas bebe
El arco que domina el firmamento,
Y volviendo del pasto
En ejército inmenso las cornejas
El aire oprimen con crujientes alas.

Y las aves acuáticas que pueblan
En mil especies las salobres ondas,
Y las que á salto y vuelo
Las dulces aguas del Caistro pican
En los asianos paludosos prados,
Nuevas señas te dan cuando á porfía
Cubren sus hombros de deshechas perlas,
Hienden, zabullen, giran y se lavan
Sin saciarse jamás. Huraño el grajo
Se espacia á solas en la seca arena,
Y ahuecando la voz, la lluvia llama.
Aun las zagalas el llover predicen
De noche en el hogar, cuando á porfía
Hilando repartida la tarea
Ven que el aceite en el candil chispea
Y esponjosa humedad la mecha cria.

Ni te faltan pronósticos por donde,
Enjugándose el agua, vaticines
Soles serenos y apacibles días;
Que entónces ni sus fuegos las estrellas
Marchitos paran, ni humillada á Febo
La Luna encoge sus tendidos rayos,
Ni de lana cardados vellocinos
Se llevan por los aires; ni en la orilla
Los amados de Tétis alcedones
Anchas al tibio sol tienden las alas;
Ni á sacudir y destrozár manojos
Locos embisten los inmundos cerdos:
Entónces á los valles
Bajan las nieblas, y los valles cubren;

Y á la puesta del Sol atento el buho
 En elevada cumbre,
 Ejerce en balde su agorero canto.
 En la altura mayor del limpio cielo
 Niso aparece remontado, y Scila
 Tímida huye, y por el rizo pena,
 El blondo rizo que segó su mano:
 El, doquiera que Scila
 Corta el aire sutil y huye volando,
 Con estridentes alas por el viento
 Persíguela feroz; ella, doquiera
 Que Niso por el cielo se levanta,
 Corta el aire sutil y huye volando.
 Con apretadas fauces,
 Tres, cuatro veces dan voces más puras,
 Que vibran á distancia, las cornejas:
 En sus altas mansiones
 Tal vez de un nuevo gozo se estremecen,
 Y forman de tropel en la hojarasca
 Misteriosos ruidos,
 Ledas volviendo á ver tras la borrasca
 La tierna prole y los amables nidos.
 Y no que yo partícipes las crea
 De superiores celestiales luces
 Por merced de los Dioses y los hados;
 Mas sucede que así como se alejan
 Del cielo los vapores fluctuantes
 Y huyó la tempestad; á par que Jove,
 La humedad de los austros recogiendo,
 Lo flojo aprieta y lo concreto extiende,
 Múdanse en los vivientes de igual modo

Las mentales imágenes, y pasa
 El alma de uno en otro sentimiento,
 No ya cuales solía
 Cuando las nubes arrollaba el viento:
 Nace de aquí, por montes y por prados,
 Del coro de las aves el rúido,
 Y el visible placer de los ganados,
 Y de los cuervos el triunfal graznido.

Que si al Sol raudo y á la móvil Luna
 En sus varios semblantes atendieres,
 A fe que ni otro día
 Faltará á tus avisos, ni en el lazo
 Caerás que tienden las serenas noches,
 Luna que, apénas cobra
 Los fuegos renacientes, triste abraza
 Con negros cuernos tenebroso espacio,
 Lluvia á colonos y á marinós trae:
 Luna teñida en virginal vergüenza
 Vientos dice; que siempre con los vientos
 Enrojeció su rostro la áurea Febe:
 Y si ella al cuarto día
 (Presagio es infalible) pura avanza,
 No embotadas las puntas, por el cielo,
 Todo ese día y los que de él nacieren
 No habrá, hasta el fin del mes, lluvias ni vientos,
 Y á Glauco, á Melicértes el de Ino,
 Y á Panopea, en las amigas playas
 Salvo sus votos cumplirá el marino.

Naciente el Sol y cuando al mar se inclina

Tambien señales da: veraces ellas
 Con la luz le acompañan matutina,
 Le siguen con la luz de las estrellas.
 Sol que de sombras matizó su oriente,
 Que en nubes se reboza,
 Y hurta y deprime de su disco el centro,
 Lluvias indica; de hácia el mar entónces
 A plantas y á cosechas y á ganados
 Funesto el Noto ya marchando viene.
 Si despuntando el luminar del día
 Quiebra y esparce de su ardor los rayos
 Entre allegados nublos, ó si el lecho
 Arrebolado de Titon dejando,
 Con amarilla faz se alza la Aurora,
 Ayl mal podrán los pámpanos las uvas,
 Las tiernas uvas defender; copioso
 Estallará en los techos el granizo.
 Cuando, medido el cielo, el Sol declina,
 Con atencion mayor, mayor provecho
 Contemplarle podrás; su faz entónces
 Tintes diversos inmutarle suelen:
 Lluvias promete la color cerúlea,
 Y semblanzas de fuego Euros presagian;
 Que si la rutilante llama vician
 Azules manchas, á agitarlo todo
 Concertarse verás vientos y nimbos:
 No en noches tales amenaza ó ruego
 Mi barca apartará de la ribera.
 Mas si á traer y á sepultar el día
 El Sol tornare con luciente disco,
 Vanos temores causarán las nubes;

Amenazas barriendo
 Sesgo Aquilon agitará las selvas.

¿Qué traiga en fin el Véspero tardío,
 Cuándo y de dónde las que arrastra el viento
 Nubes, malignas no serán, qué anuncia
 Húmido el Austro, conocer deseas?
 Respuestas pide al Sol, que el Sol no engaña;
 Y áun traiciones y gritas populares
 A menudo ha anunciado, y el solemne
 Momento de estallar las grandes guerras.

Muerto César, tú, oh Sol, compadecido
 De Roma, la cabeza esplendorosa
 Mortecina mostraste, á las malvadas
 Gentes con noche amenazando eterna.
 Bien que entónces las tierras y los mares,
 Ladrantes perros y aves importunas
 Señales ominosas ofrecieron.
 Vimos al Etna abrir sus hondas fraguas
 Una vez y otra vez, y las campiñas
 De los Ciclopes devastar, volcando
 Globos de fuego y derretidas piedras.
 Oyó el germano por el aire todo
 Estruendo de armas: despertando el Alpe,
 Se estremeció bajo su eterna nieve.
 Triste lamento en los callados bosques
 Vago sonaba al espirar el día,
 Y pálidos espectros fueron vistos.
 Lágrimas vivas el marfil y el bronce
 Empapan en los templos: se detiene

El torrente, la tierra se entreabre,
 ¡Y hablan los brutos! De repente airado,
 Rey de ríos Erídano soberbio
 Remolina sus ondas, y las selvas
 Oprime con enorme pesadumbre,
 Y establos y ganados ciego arrastra.
 Males en tanto de anunciar no cesan
 Palpitando las víctimas, y sangre
 Corre en las fuentes públicas, y aullando
 Lobos nocturnos las ciudades cruzan.
 Nunca, sereno el aire, tan frecuentes
 Rayos cayeron; nunca tan infausta
 Estrella ardió con extendidas crines.

Así los campos de Filípos vieron
 Por vez segunda con iguales armas
 Entre sí combatir nuestras legiones:
 Impasible los Númenes dejaron
 Por vez segunda que la sangre nuestra
 Los campos macedonios fecundase.
 Día vendrá cuando en aquellos sitios
 Con corvo arado el labrador moviendo
 El césped, picas soterradas halle
 Roidas del orin, ó ya con rostro
 Pesado hará sonar cóncavos yelmos:
 Cavando, en olvidadas sepulturas
 Dará, y abiertas, con espanto mudo
 Huesos enormes mirará en el fondo.

¡Padre inmortal de la romana gente!
 ¡Tú, madre Vesta, del etrusco Tíbre

Y Palatino monte protectora!
 ¡Oh Dioses todos de la patria mía!
 Si un jóven héroe al vacilante mundo
 Ahora sustenta en sus robustos hombros,
 No, al ménos, lo estorbeis. Asaz con sangre
 Nuestra, infeliz generacion, la culpa
 De Laomedonte pérfido expiamos.
 Tiempo hace ya que nos envidia el Cielo
 Tu posesion, oh César; ni le agrada
 Que á humanos triunfos la atencion conviertas.
 Pues hé aquí confundidas las nociones
 Están del vicio y la virtud; con fases
 Várias doquier la iniquidad domina:
 Yace el arado sin honor; de luto
 Se muestran las campiñas (los colonos
 Arrebatados por la guerra), y visten
 Adusto abrojo, y convertida luce
 La corva hoz en fratricida espada.
 Acá el Rhin, allá Eutrátés con profundo
 Rumor de guerra amagan: las ciudades,
 Rotos los pactos, entre sí se hieren;
 Campo parece de batalla el mundo.
 Así en el circo rápidas cuadrigas
 Parten á un tiempo: el conductor en balde
 Parar de pronto intentará su carro,
 Que á la voz sordo, indócil á la rienda,
 Cual relámpago vuela impetuoso.